

vimientos adelante y atrás, ondula de un extremo al otro, perturba el orden de repente, se restablece con rápida reaccion...

Otro toque de corneta. El regimiento se pone en marcha. La primera compañía está ya fuera del campamento, la segunda, la tercera... El campo queda vacío.

Tal es la vida del campamento: dura quizás é incómoda; pero siempre bella, siempre querida.

¡Quién habrá que la haya hecho, y no la ame y no la recuerde con deleite y no la desee con entusiasmo!



## EL MUTILADO.

**P**OR las tardes, á cierta hora, el aspecto de la campiña infunde en el ánimo vaga melancolía, algo semejante á aquella angustia del corazón de que son presa los muchachos, cuando, escapados de casa para corretear por el campo, de sendero en sendero, de ribazo en ribazo, van adelante: adelante, adelante, hasta que se espantan de repente de encontrarse solos; miran á su alrededor, y ven lugar oscuro y siniestro; miran adelante: han perdido la huella del camino; alzan los ojos al cielo: el sol ha desaparecido. Su madre ¡pobre mujer! espera.—¡Oh, Dios mio! ¡qué es lo que hecho! —exclaman y permanecen allí como petrificados, con el llanto en la garganta y el corazón en sobresalto.

De este género es la melancolía que penetra lentamente en el alma, en medio de la campiña, cuando el sol ha huido hace poco tiempo, los objetos van tomando todos el mismo color y sobre las crestas de las montañas no aparece sino sutil franja de cielo oro pálido, desvanecida la cual empiezan á brillar las estrellas.

Es una hora triste. Y hasta aumentan su tristeza, el monótono cantar de las ranas y el lejano ladrido del perro, que turba de vez en cuando el profundo y solemne silencio de la naturaleza.

Quien á tales horas camine por la senda solitaria que conduce á la ciudad, de la cual se encuentra aún bastante alejado, y no distinga á su alrededor alma viviente, ni escuche otro rumor que el de sus pasos, aquel ladrar de perros comienza á producirle enfado, y empieza á parecerle triste y... No es precisamente que tenga miedo... Pero ¿qué se yo? No parece otra cosa, vamos.

Cuando se pasa ante la puerta de huertos y jardines, se camina sobre la punta de los piés, para no despertar allá dentro el ahuecado eco; la respiración se contiene, los oídos se aguzan. Y ya casi al otro lado, ya casi en seguro, hé aquí que resuena á su espalda el maldito ladrido, que le turba por completo. Y marcha adelante sin volver la vista, pero cree siempre ver ante sus ojos al rabioso animal con el hocico en la ren-

dija de la puerta olfateando y los ojos inyectados... ¡Ah! ¡Si pudiera destriparlo!...

Y sigue su camino; pero por el centro, sin parar mientes en la espesa polvaréda, con tal de no pasar muy cerca de las vallas: no se ve á la otra parte de éstas, y podría haber alguno esperando... no sería la primera vez que ha sucedido.

Si se oye detrás rumor de pasos, ó voces de dos caminantes que conversan, no se vuelve nunca los ojos á mirar quiénes sean, como si no se tuviera sospecha ó temor, que sería parecer memo; mas se echa adelante con los oídos alerta y, fingiendo observar el campo por un lado de la vía, se explora el camino con el rabillo del ojo.

Y si tendiendo la vista al frente se ve aparecer á lo léjos y acercarse hácia uno lentamente, dos hombres á caballo, embozados en anchas capas negras y cubiertas las cabezas con sombreros tricornios, el corazón cobra alientos, se aprieta el paso, y ya cerca de aquella pareja de inesperados amigos, uno les cede gustoso toda la ancha carretera, retirándose sobre una de las cunetas, mirán道les con expresion de amoroso obsequio y acogiendo con profundo sentimiento de complacencia la inquisitiva mirada que recibe.

Cuando llega por fin, á aquella bendita puerta de la ciudad y distingue el primer reverbero de la primera calle:—¡Loado sea Dios!— exclama

sacudiendo con el pañuelo el polvo de los zapatos.—¡Ya he llegado!

A aquella hora, quien pasó ante la puerta de un cementerio no se detuvo, aun no perturbando su imaginación el fantástico miedo del vulgo y los muchachos; siguió andando sin arrojar siquiera una mirada á la verja, volviendo la cabeza al lado opuesto. Al pasar por delante de las solitarias capillas del campo, los muchachos, se atemorizan del rumor de sus propios pasos que penetrando por las abiertas ventanas, repercuten bajo la oscura bóveda...

A aquella hora, en fin, en que todavía se ve en el occidente un resto de luz y las familias de los aldeanos están sobre los terrados, apoyados en la barandilla, contemplando silenciosamente el melancólico espectáculo del cerrar la noche sobre la campiña; los chicos se señalan uno á otro con el dedo las lucecillas que aparecen en las casuchas campestres, ó preguntan al padre el nombre de las estrellas; las muchachas, sentadas á otra parte, con un brazo sobre el respaldo de la silla y la cabeza reclinada en el brazo, fijan sus ojos sin mirar sobre los montes lejanos, y piensan. Pero no piensan en aquellas montañas; en aquellos momentos su inteligencia se aparta enojada de aquella soledad y de aquel silencio severo; en aquellos instantes, por más que se encuentran en el seno de la familia, se sienten

solas, abandonadas. Conocen que les falta algún gran bien, advierten que en su corazón existe un gran vacío, que no viven la vida entera. Y su fantasía corre irresistiblemente á la ciudad, se interna en el amable tumulto de los bailes, busca y encuentra objetos queridos, ya mucho tiempo olvidados, y goza dando vida nueva á las imágenes, haciéndolas comparecer ante sí, á su mismo lado, para que con ellas participen de aquella suave melancolía. Y cuentan el tiempo que deberán permanecer todavía en la ciudad, recorren con la imaginación aquel tiempo y gozan anticipadamente la alegría del regreso y de la primer visita á aquellas figuras vagas, despertando después de aquel gentil y triste fantasear como de pesado sueño.

¡Oh, esa hora de la tarde en el campo, es una hora triste! Aunque os encontráseis al lado de la mujer amada, en el colmo de vuestra felicidad, no os pasarían por la mente sino tristes imágenes, no sonarían en vuestros labios más que tristes palabras.

\* \* \*

Precisamente á esa hora, la tarde de uno de los primeros días de Mayo de 1876, en una senda desierta que corre á través de la pendiente de

suave colina, junto á uno de esos nichos campes-  
tres en que está pintada la imágen de la Virgen  
sobre el fondo, hallábanse hablando dulcemente  
una jovencilla y un soldado.

Aquella, sentada sobre gruesa piedra ado-  
sada á un ángulo del nicho, con los codos apoya-  
dos sobre las rodillas y la barba entre las pal-  
mas de las manos; éste, de pié junto á ella, con  
un hombro arrimado al muro y los brazos cru-  
zados sobre el pecho. Tenía la gorra echada  
atrás; el capote al hombro, y á los piés el morral  
y sobre éste un lío.

Había en la actitud de la jovencuela, no se qué  
de abandono y de fatiga, y sus miradas estaban  
clavadas, inmóviles en el suelo. Un farolillo col-  
gado ante la imágen de María, arrojaba velada  
claridad sobre el rostro medio oculto entre las  
manos, y señalaba alrededor de sus ojos la amo-  
ratada huella de largo llanto.

El soldado, sin cinturon y sin armas, tenía el  
aspecto de un soldado de reserva. Lo era en  
efecto, y pertenecía á una de las clases que habían  
sido llamadas á las armas el día 28 de Abril, y al  
séptimo despues de la publicacion de la Real ór-  
den, debía presentarse al comandante general del  
distrito. Aquel soldado se había de encontrar al  
día siguiente en la ciudad vecina, la cual distaba  
unas dos leguas ó poco ménos, de aquel sitio.

A juzgar por su aspecto y el de la jovencilla y

por las largas pausas que seguían á las escasas y  
tristes palabras, parece que hacía mucho tiempo  
estaban allí. Por la senda, ni cerca ni léjos se  
distinguía alma viviente y reinaba profundo si-  
lencio. Solamente de vez en cuando se oía con-  
fuso rumor de voces lejanas procedente de una  
casa enclavada al pié de la pendiente, en la cual  
aparecía y desaparecía por intervalos alguna lu-  
cecilla: eran aldeanos de regreso de la labor que,  
guardando los aperos y metiendo los bueyes en  
el establo, conversaban de una á otra parte de  
la era.

De repente el soldado se separó de la pared y  
tomando las dos manos de la jovencita, que se  
puso de pié en seguida, le dijo con ese acento de  
tímida conformidad que suele darse á las pala-  
bras cuando se anuncia algun dolor á una persona  
querida:

—Es tarde, Luisa. Es hora de que me vaya.  
Mañana temprano necesito encontrarme en la  
ciudad y el camino es largo.

Calló, y miró á la cara de la pobrecilla. Ésta,  
sin pronunciar palabra, se le acercó, le puso las  
manos sobre los hombros, dejó caer la cabeza y  
sollozó:

—¡Valor Luisa, ten valor! ¡Cuatro tiros y se  
vuelve!

—¡Se vuelve!—dice ella levantando la cabeza  
y dejándola caer otra vez.—¡Quién sabe!—sollozó

después con voz de llanto sofocado entre las manos.

Hubo un instante de silencio, tras el cual replicó el soldado:

—¡Conque... hasta la vista, Luisa!

Puso sus manos sobre las sienes de la muchacha, levantó su cabeza, la besó en la frente, se inclinó, tomó la mochila, echóla á la espalda pasando el brazo por encima de la cabeza, se inclinó de nuevo para recoger el lío y, estrechando la mano de la jóven hizo ademán de partir.

Ésta, que en tanto se había cubierto la cara con el delantal y estaba inmóvil, en aquel instante como aturdida por el dolor, se destapó repentinamente y cogiendo con las dos manos las del soldado:

—¡Escríbeme!—le dice con voz firme y resuelta, queriendo de este modo retardar algunos momentos la partida,—¡escríbeme todos los días!

—Tanto como todos los días no, querida—responde el soldado con voz suave.

—¿Y por qué no?—pregunta solícitamente con acento de reproche.

—¿Y cuándo se marcha todo el día?

—¡Ya!...—repuso á media voz la muchacha moviendo la cabeza,—pero al ménos,—replicó después reanimándose de pronto—al ménos, todos los días que tengais una batalla ¿me escribirás que estás bueno?

Él, que en otra cualquiera ocasion hubiera sonreído de la cándida ingenuidad de aquella pregunta, en aquellos momentos sintió que invadía su alma una compasión, una ternura, una opresión tan fuerte y repentina que se sintió acobardado, y comprendió que era necesario marcharse, sin más palabras, sin más dilaciones, al instante. La abrazó, la besó y echó á correr.

—¡Oh, escucha!...—gritó con voz desesperadamente suplicante la pobrecilla, corriendo detrás algunos pasos con los brazos extendidos—¡todavía una palabra!

Él no se volvió; ella se detuvo, se cubrió la cara con las manos, permaneció un momento inmóvil en medio de la senda, tornó luego atrás y se dejó caer de rodillas ante el nicho, llorando á lágrima viva y sollozando en alta voz como un pequeñuelo.

El soldado continuaba caminando de prisa sin volver el rostro. Junto al sitio en que la senda se bifurcaba, se detuvo; después de un instante de duda terrible se volvió, miró al nicho, la vió... Ella en aquel punto levantó la cabeza, dirigió hácia él la vista, pareció distinguirle, se puso en pié... había desaparecido. Tomó por aquel ramal de la senda que descendiendo rápidamente al valle conduce á la ciudad.



Reunióse á su regimiento á principios de Mayo, y de entónces en adelante escribió casi todos los días una carta á su casa, y recibió tambien otra, casi diariamente, bien de su madre, bien de su padre, ó bien de su novia; todas estaban escritas, sin embargo, de puño y letra de esta última, pues ninguno de su familia se hallaba en el caso de poderlo hacer siquiera para que se le comprendiese: únicamente el viejo sabía un poco de cuentas para su uso particular.

Estuvo en la batalla del 24 de Junio. Despues de aquella jornada transcurrieron dos semanas sin que los suyos recibieran siquiera una línea de él. Figuraos la ansiedad, el desasosiego, la falta de calma de aquella pobre gente.

Pero un bello dia, cuando Dios quiso, llegó una carta. Fué una verdadera fiesta. La abrieron con las manos trémulas... ¡Ah! No estaba escrita de su puño: palidieron. Pero una vez leída, rehiciéronse un poco del primer espanto, porque les hablaba de una leve herida recibida en una mano el dia de la batalla, una herida levisima, de la que, á los pocos dias desaparecería hasta

la señal. Añadia que ya hubiera abandonado el lecho, si no fuera por la fiebre que se le presentara, como consecuencia de la poca sangre perdida; que no estuvieran pesarosos, porque la cosa no era ni para pensar en ella; solamente que le impedía escribir la carta de su puño y letra la mano herida, porque era la derecha, de la que todavía le dolian los dedos, pero poco, muy poco, casi nada.

La familia se fué tranquilizando paulatinamente. Una semana despues de aquel dia recibieron la primera carta de letra suya; supieron por ella que se habia incorporado á su regimiento, y de aquella pequeña desgracia no hacia mencion sino para decir, que la insignificante herida podia todavía esperarse que hubiese sido peor, y que debia agradecerse al cielo de que la cosa hubiera terminado así.

¡Pobre gente! Si la cosa hubiese ido de la manera que les decia, hubieran dado, y aun debian dar gracias á Dios; pero no sabian la verdad. El pobre soldado habia sido herido por una bala de fusil en la pierna, cerca de la rodilla, encontrándose á unos cien pasos del enemigo. La bala le habia roto los dos huesos, la tibia y el peroneo; trasportado al hospital le habia sido amputado el muslo cuatro dedos por encima de la rodilla.

Despues de una cuarentena de dias, le dieron una pierna de madera, un par de muletas, su li-

cencia, y, llevándole á la puerta del hospital:—Marcha,—le dijeron—vuelve á tu casa, pobre joven, que ya representaste tu papel.

Antes de partir en direccion á su casa, escribió á su madre para advertirla de la marcha, y del día y la hora en que debía llegar á casa; escrito lo cual, se resolvió, hizo un esfuerzo, mas no le bastó el valor para hacerle olvidar su horrible desventura. Diez y diez veces arrojó sobre la carta la primera palabra, borrándola inmediatamente, casi sorprendido de que hubiera salido de su pluma.

Todavía no habia siquiera terminado la carta, cuando acudieron en tropel á su imaginacion todas las consecuencias posibles, cierta ansiedad inevitable y tremendamente dolorosa de aquel engaño suyo demasiado piadoso: dolióse amargamente de haber callado siempre su desventura; se maravilló de no haber pensado jamás cuánto más triste y más desconsolador iba á ser para su familia su silencio, que haberle revelado valerosamente la verdad; y engolfándose—como jamás habia hecho—en las imágenes de lo que acontecería en su casa, á su primera aparicion en semejante estado, y presintiéndolo el corazón é imaginando la desesperacion de sus padres ante aquella vista tan inesperada y terrible, y pensando en su novia y en sus amigos, se mesó los cabellos en actitud de desolacion desesperada y lloró.

Pero ya era inútil.

Llegó á la ciudad vecina la tarde anterior al día en que, segun la carta, debía llegar entre los suyos. Durmió en una posada. Al día siguiente, temprano, ayudado por el huésped, subió al carro de un molinero que pasaba por el camino de la colina natal; acomodó la pierna de palo á un lado, sentóse sobre dos sacos de harina; el molinero arreó al caballo y el vehículo partió.

Recorriendo el camino durante algunas millas por el fondo del valle, el carro no comenzó á subir por la colina, sino algunas horas despues de haber salido.

En aquel tiempo, nuestro pobrecillo que no habia podido cerrar los ojos en toda la noche, oprimido como estaba por una rápida turba de pensamientos, de imágenes y de presentimientos dolorosos, en aquel tiempo habia caido en una especie de sopor, favorecido por la monotonía del camino y la lentitud de la marcha, no interrumpido más que de vez en cuando por las sacudidas de las desigualdades del terreno.

Pero cuando de repente sintióse herir los ojos una luz más viva y azotar su rostro un viento más fuerte, comprendiendo que el carro habia salido de en medio de los árboles y empezaba á subir, se despertó sobresaltado, entrevió aquella colina, aquel camino, aquellas casas, y cerró los ojos al instante, volviendo atrás la cabeza, como

presa de súbito espanto y se dejó caer de boca sobre los sacos con el rostro entre las manos.

El corazón le latía con fuerza; su sangre circulaba violentamente; su cerebro estaba aturdido como por un gran golpe sobre el cráneo. Y permaneció mucho tiempo en aquella postura.

Volvió en sí poco á poco, levantando primero la cabeza, apoyando las manos sobre los sacos para sentarse; incorporóse luego dando siempre la espalda á la colina y volvió por fin la cabeza hácia aquella parte sin levantar la vista. Un instante despues, comenzó á mirar el caballo, despues á fijar los ojos un poco más allá, sobre el camino, á derecha, á izquierda, hácia adelante... ¡Ah! ¡He allí aquella bendita casa!

Y el corazón le dió un salto repentino, como si hubiese llegado allí sin saberlo y aquella casa hubiera aparecido ante sus ojos por arte de encantamento.

Encontrábase todavía muy alejada, no aparecía aún distintamente, semejaba apénas la imagen blancuzca de extensa mancha medio oculta entre los árboles; pero á él le parecía que estaba cercana, muy cercana; le parecía que de allí á pocos instantes habría ya llegado y que sus padres, parientes y amigos, correrían á rodear el carro y lo verían descender ¡y cómo, cómo bajar, Dios mío! Él se lo imaginaba; creía ver á todas aquellas personas queridas, que á aquellas horas

debían, de fijo, estar en corros sobre el camino, delante de la puerta ó esparcidos por las eras esperándolo.

Sonaba que herían sus oídos de vez en cuando voces de fiesta, y entre aquellas voces distinguía una más querida y suave, y el corazón se le oprimía y hubiera querido que aquella casa estuviera todavía alejada, tanto, que no se la distinguiera aún. Y por el contrario se le aparecía allí, allí delante, y parecía acercarse á él, mucho más rapidamente de lo que él se acercaba á la casa, y volvía la cabeza y cerraba los ojos para no ver.

Pero ¡ay! era un tormento peor, porque levantando por un instante los párpados y tendiendo la vista, imaginaba haber hecho en aquel corto espacio de tiempo, mucho camino, un camino cien veces mayor del que en realidad recorriera. Entónces pensó dar la espalda al caballo, y arrastrando poco á poco la pierna coja, se volvió. Pero no pudo el pobre permanecer así mucho, porque á cada instante se sentía irresistiblemente obligado á torcer adelante la cabeza, con gran incomodidad de todo el cuerpo.

Tomó de nuevo la primera posición; ¡y fijando los ojos á derecha é izquierda del camino, descubrió á pocos pasos una gran encina, con el tronco hendido por la mitad y las ramas lozanas y frondosas, bajo la cual había una tabla soste-



nida por dos piedras á modo de banco. Clavó la mirada en el rústico asiento, llevó una mano á la frente como para ayudarse á sí mismo á evocar un recuerdo; se humedecieron sus ojos, sus mejillas se encendieron, cruzó las manos, y, siempre con la vista fija en aquel punto, movía lentamente la cabeza, como dando su asentimiento á todos los recuerdos que en tropel acudían á su mente, llamados los unos por los otros. ¡Sí, sí, aquel era, aquel era el mismo sitio donde una tarde había venido con ella, no obstante las amonestaciones de su madre:—¡No os alejeis mucho!—¡Y ella no quería venir, porque era inconveniente alejarse tanto de casa, y más á aquella hora, avanzada la tarde, sola con él! ¡Pero, Dios mio, él le rogó tanto y tanto, y el cielo estaba tan puro, y el aire tan dulce y tan perfumada la campiña toda, que la obligaron á ceder, y fué!... Y se había sentado allí, sobre aquel banquillo, y cambiaron muy pocas palabras... pero rápidas, ardientes, trémulas; y él había buscado la mano de ella, que, temerosa del pensamiento de encontrarse sola con el que amaba, cerraba el puño y lo cerraba con graciosa violencia, y él tuvo necesidad de ir extendiendo los dedos uno á uno, y mientras procuraba levantar el segundo, tornaba el primero á su puesto, hasta que la adormecida manecita se abrió y fué suya...

Recordando rápidamente aquella tarde queri-

da, el pobre mutilado, por una alucinacion en la que hace caer frecuentemente la fantasía ante la vista de un sitio al que estamos ligados por caros recuerdos, el pobre mutilado revivió en aquella tarde: olvidó el tiempo que trascurriera entre aquella tarde y aquel dia, olvidó todo cuanto acaeciera durante aquel tiempo, la guerra, la herida, la pierna cortada; el pensamiento de aquella muchacha se arraigó en su imaginacion aislado, destacado de tantos otros pensamientos dolorosos; el pensamiento de una felicidad sobrehumana le invadió el alma, se la embriagó, se la oprimió; movido por irresistible impulso del corazón, hizo un esfuerzo para ponerse de pié sin ayuda de los brazos, y lo hizo tan violento, que los nervios extremos de la pierna cortada al apoyarse contra la madera, chocaron de pronto haciéndole sufrir tremendo dolor que arrancó á sus labios un grito, y, arrebatándolo con fuerza de brazos de la querida ilusion y arrojándolo en el sentimiento de la triste realidad, le hizo caer de bruces sobre los sacos del carro, con las manos en la frente murmurando con lastimero acento entre sollozos y desolado:

—¡Oh, en este estado ya no me querrá! ¡Ya no me querrá!

El carretero que caminaba á pié delante del carro, se volvió y preguntóle:

—¿Se siente malo, militar?